



Anatomía de la acumulación (digital) originaria: cuerpos y corporaciones en la literatura digital producida con IA

On Primitive (Digital) Accumulation Anatomy: Bodies and Corporations in Electronic Literature Produced by AI

Verónica Paula Gómez**

* Procedencia del artículo: El artículo fue escrito en el marco de una investigación posdoctoral como becaria de la Fundación Humboldt. La misma financia mi proyecto titulado “Migrant Cartography of Latin American Electronic Literature: Corporalities, Corporations, and Corpus between Global North and Global South” y las tres piezas analizadas aquí forman parte del corpus general, así como los desarrollos teóricos referidos al cuerpo y las corporaciones.

** Doctora en Humanidades
Freie Universität Berlin
Berlín, Alemania
veronicapgomez@gmail.com

Recibido: 11 noviembre de 2024

Aprobado: 03 de abril de 2025

Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en
MLA? - How to quote this article in
MLA?:

Gómez, Verónica Paula.
“Anatomía de la acumulación
(digital) originaria: cuerpos y
corporaciones en la literatura
digital producida con IA”.
Poligramas, 60 (2025): e.20714520.
Web. Fecha de acceso (día, mes
en mayúscula y abreviado, y año).
<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i60.14520>

Resumen

El entrenamiento de las inteligencias artificiales financiado por un puñado de corporaciones cercena la diversidad visual sobre los cuerpos y reproduce masivamente imágenes seriadas; frente a ello, la literatura digital zanja una pequeña herida en esa hiperproductividad a partir de la insumisión algorítmica, lo que da lugar a una honda problematización del fenómeno técnico contemporáneo. En este contexto, recupero algunos presupuestos del concepto marxiano de acumulación originaria que permitió el fortalecimiento del capitalismo industrial para ensayar un ejercicio especulativo sobre su posible actualización digital en la fase de capitalismo informacional. Tres piezas que coinciden en la desinstrumentalización del lenguaje maquínico, me servirán para presentar este argumento: *Self Portrait* de Felipe Cussen, *Diurnus Requiem* de Diego Bonilla y *M(é)nad(e)s* de Karen Palacio. Rostros, cuerpos, afectos. Propongo discutir aquí cómo la literatura digital cuestiona la anatomía inscrita en el lenguaje del código propio de la forma de acumulación del capitalismo informacional.

Palabras clave: acumulación originaria; cuerpos; corporaciones; Inteligencia Artificial; literatura digital.

Abstract

The training of artificial intelligences financed by a handful of corporations curtails the visual diversity of bodies and massively reproduces serialized images; facing this, digital literature opens a small wound in this hyperproductivity through algorithmic insubordination, which gives rise to a profound problematization of the contemporary technical phenomenon. In this context, I recover some assumptions of the Marxian concept of original accumulation that allowed the strengthening of industrial capitalism to rehearse a speculative exercise on its possible digital update in the phase of informational capitalism. Three pieces that coincide in the deinstrumentalization of machinic language will serve me to present this argument: *Self Portrait* by Felipe Cussen, *Diurnus Requiem* by Diego Bonilla and *M(é)nad(e)s* by Karen Palacio. Faces, bodies, affects. I propose to discuss here how digital literature questions the anatomy inscribed in the language of the code proper to the form of accumulation of informational capitalism.

Keywords: artificial intelligence; bodies; corporations; electronic literature; primitive accumulation.



En este artículo arriesgo una especulación: la literatura digital producida con inteligencia artificial es un hiato, un hueco donde se preserva y se hace lugar el archivo de los cuerpos cercenados por las corporaciones dueñas del adiestramiento visual contemporáneo. Para sumar al riesgo especulativo, propongo un acercamiento a algunos presupuestos del concepto marxiano de acumulación originaria que, en su actualización, creo que nos permiten reflexionar sobre producción visual que supone el arrollador avance de la inteligencia artificial sobre nuestras vidas.

Cuando Marx define la acumulación originaria parte de explicitar el olvido de la teoría clásica sobre la sangre derramada para llevar a cabo la expropiación de la tierra que da como resultado la propiedad privada. Haciendo un paralelismo, me gustaría plantear cómo ese esquema se actualiza: nos hallamos frente a un momento clave de entrenamiento de las inteligencias artificiales para la creación de imágenes de cuerpos que reproducen estereotipos de género y opacan cualquier posibilidad de diversidad, bajo un régimen de apropiación de la mirada en el territorio ciberespacial. En este sentido, se presenta con claridad, otra acepción de lo corporal: las corporaciones que promueven y financian los lenguajes que nutren a esas inteligencias, profundizan un fenómeno de domesticación visual en el que estamos inmersos. Esto deviene de una nueva etapa del capitalismo que comienza en los años 70 pero se profundiza en los 2000 con consecuencias insospechadas en muchos ámbitos, también en la relación entre arte y tecnología.

Frente a este panorama se repite el gesto multiplicador y fundante que persigue la literatura, en este caso, aquella “nacida digital” (no digitalizada): aprender el lenguaje de la máquina -otrora la imprenta con la lengua nacional, actualmente los lenguajes de código y programación de la computadora- para dar lugar, a través de ellos, a la insumisión algorítmica. Un corpus acotado, aunque considero que suficiente para esta especulación teórica, me servirá para presentar este razonamiento y mostrar cómo, frente al violento proceso de cercenamiento de la diversidad visual sobre los cuerpos que tiene como finalidad el aglutinamiento y la reproducción inconmensurable de tal fenómeno, la literatura digital zanja una pequeña herida en la hiperproductividad de imágenes seriadas.

Por un lado, Self Portrait de Felipe Cussen propone trabajar con el autorretrato de sí mismo deshaciéndose poco a poco a partir de lo que él denomina “estupidez artificial”. Con ello esboza una filosa crítica a la reproducción sin medida de imágenes del rostro pasteurizadas por inteligencias artificiales a través de variaciones en el código de la fotografía digital. Por otra parte, y de manera aún más compleja por la cantidad de elementos intervinientes, comentaré

cómo Diego Bonilla en su magistral pieza *Diurnus Requiem*, elabora una serie de poemas en base a noticias de femicidios en Latinoamérica al tiempo que entrena una inteligencia artificial que produce lo que él denomina posters de cuerpos no hegemónicos resultado de poemas que se generan a partir de las notas anteriormente mencionadas. También traigo a colación el proyecto *M(é)nad(e)s* de Karen Palacio, en el que la artista y programadora explora las colaboraciones emocionales en la escritura artística de código por dos corporalidades que crean imágenes: la humana y la máquina.

Rostros, cuerpos, afectos. Propongo discutir aquí cómo la literatura digital cuestiona la anatomía inscrita en el lenguaje del código propio de la forma de acumulación del capitalismo informacional dominado por las corporaciones.

La literatura digital entre el adiestramiento visual y la insumisión algorítmica

El surgimiento del capitalismo informacional, concepto que Hardt y Negri retoman de Castells a principios de los 2000 y que luego se reconvierte teóricamente en capitalismo de plataformas (Zuckerfeld) y capitalismo de tecnovigilancia (Adler), entre otras acepciones, supone la construcción de un imaginario técnico del que emerge, como manifestación artística, la literatura digital (Gómez). Esta literatura nace digital (Hayles), es decir, no es un texto digitalizado proveniente de un libro impreso, sino que surge del uso de lenguajes no solo (ni necesariamente) naturales sino también de programación y código (Kozak). Esto es lo que más me interesa para esta contribución ya que las piezas que analizaré remiten a la forma en que estos artefactos literarios crean una nueva modulación de las imágenes generadas por inteligencias artificiales mediante una profanación del lenguaje maquínico, lo que da lugar a una honda problematización del fenómeno técnico contemporáneo.

A partir de lo anterior, quisiera presentar la hipótesis de que algunos rasgos de la acumulación originaria planteada por Marx se reactualizan ahora en territorio digital, lo que he denominado en un libro de mi autoría, *la interzona* (Gómez). Esto significa un rediseño del concepto marxiano, pero sin dejar de observar que la pregunta filosófica de base que el autor alemán plantea para el siglo XIX, continúa hoy inquietándonos: ¿por qué el hombre es esclavo del hombre? El problema de la enajenación, concepto que posteriormente Marx denominará plusvalía cuando se dedique a estudiar la historia de las relaciones de producción, recupera algunos aportes de la filosofía hegeliana, aunque luego da paso a una crítica a la ideología alemana y posteriormente, a una teoría jurídico-filosófica sobre el Estado, que culmina en un

largo estudio de la economía en clave histórica. Con esto quiero señalar, simplemente, que el derrotero teórico de Marx tiene que ver con una preocupación vital que aborda desde varios puntos de vista, discutiendo la naturalización del hombre enajenado y manifestándose en favor de la libertad revolucionaria. Considero que en este punto se puede hacer un primer salto a la actualidad, señalando que el proceso de naturalización y sometimiento al imaginario visual que imponen las inteligencias artificiales sobre las imágenes corporales es producto del dominio de las corporaciones, cuyos principales exponentes se reúnen en la sigla GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple, Microsoft). Las mismas compiten por la hegemonía de la territorialidad virtual que dominan “las dimensiones técnicas de transcodificación de lenguajes”, reproduciendo ciertos “valores, creencias e imaginarios que sustentan desarrollos técnicos” que se imponen como “deseables” (Salazar Salgado 99). Ese imaginario provoca una enajenación de la mirada mercantilizada, así como de una mercantilización de cuerpos artificiales consumidos masivamente mediante el llamado capitalismo de plataformas (Zuckerfeld). Me interesa en particular el hecho de que estas empresas tengan en sus manos lo que Salazar Salgado denomina “transcodificación de lenguajes” porque es ello lo que permite la emergencia de la literatura digital, que al modificar el cuerpo de la lengua que habla la máquina, interroga las condiciones de producción y reproducción técnica de un imaginario global.

Traigamos aquí un primer ejemplo. Self Portrait tiene como objetivo dar cuenta del sinsentido de la cultura de la *selfie* a partir de un procedimiento: llevar hasta el paroxismo una fotografía digital, en particular, un retrato. La intervención consiste en presentar una foto carnet del rostro de Felipe Cussen, autor del trabajo, en colores sepia y verde oscuro, con fondo blanco. En la siguiente página aparece el código que se irá modificando a partir de la intervención de la “estupidez artificial”, programada para transformar “el cuerpo” escrito de la fotografía. A medida que se avanza con la experimentación del trabajo, el artificio se repite una y otra vez produciendo diversos cambios en el código que repercuten en la fotografía digital en cuestión y los datos sobre el biotipo facial, de género y vestimenta, junto con una gradación de la “celebridad” de ese rostro. Se opera entonces sobre el desvanecimiento en la detección del nivel de “celebrity” que el retratado posee en su rostro. Los porcentajes resultantes van variando a medida que se modifica el código hasta mostrar una imagen de color pleno, producto de la radical transformación mediante el software Pixelator. El cuerpo humano, en particular el rostro, se degrada, sumando así “profanaciones” a la información, el bien sagrado de las corporaciones que reproducen, a través de algoritmos entrenados con maquinarias masificadoras, una cultura de cuerpos indistinguibles y pasteurizados. De este modo, Cussen logra una ruptura en ese engranaje, promoviendo la desautomatización del adoctrinamiento

visual mediante la construcción de una poética “estúpida” pero “productiva” en base al error: “Antes que los sorprendentes resultados de la IA, a la hora de utilizarla para mis ejercicios me interesan más su falta de juicio, sus errores e incluso su irrelevancia. Esta postura forma parte de mi temprana atracción por las “potencialidades negativas” de las tecnologías digitales (Cussen, 2021a)” (42).

Por otra parte, en su texto, Marx se expresa contra las presunciones de la economía clásica de ese momento con referentes como Adam Smith o David Ricardo quienes formulan una teoría “ahistórica” de la economía. En cambio, según el autor alemán, la acumulación originaria significa no solo la transformación del esclavo o ciervo en trabajador asalariado, como postula la teoría clásica, sino la transformación de la propiedad privada basada en el trabajo en propiedad privada perteneciente a quienes poseen los medios de producción en manos de unos pocos capitalistas. En este sentido, podríamos hacer otro paralelismo especulativo en torno a lo que sucede con el ocultamiento del contexto histórico-político en el que las corporaciones, a través del desarrollo y entrenamiento de las inteligencias artificiales, irrumpen con la reproducción masiva de imágenes corporales surgidas a partir de un borramiento de las diversidades y sirviéndose del trabajo digital de humanos que aceleran la reproducción algorítmica de estereotipos (Berti). La literatura digital, por su parte, se inmiscuye en esos lenguajes y rompe el tejido algorítmico codificado en una lengua de la que pocos tienen dominio, dando lugar así a afectaciones maquínicas y entrenando a la inteligencia artificial para generar otras corporalidades. En esta dirección se expresa Jazmín Adler cuando señala que:

El desobedecimiento de los protocolos de uso de los dispositivos compromete, también, un gesto de insumisión hacia las pautas y los códigos que convierten a la novedad de los desarrollos tecnológicos en bienes de consumo. Desde el momento en que la producción económica y tecnocientífica se encuentra ligada a la gubernamentalidad política, las tácticas de desvío devienen en actos de resistencia hacia el orden tecnopolítico que permiten desarmar ciertos presupuestos en torno a la cultura digital hegemónica, como la interdependencia entre cultura algorítmica y tecnovigilancia y el ocultamiento de la materialidad de lo digital. (4)

Ese es el complejo desarme que realiza Diego Bonilla en *Requiem Diurnus*: toma una serie de artículos sobre femicidios en Latinoamérica, publicados en sitios online y a partir de los textos informativos, que expresan la normalización de la atrocidad de los asesinatos por la condición de mujer de las víctimas, Bonilla entrena a una inteligencia artificial para generar poemas que aducen al caso en cuestión e imágenes que contienen elementos mencionados en

esos poemas. Cada reelaboración poética de esas noticias sobre femicidios tiene una duración en la pantalla que oscila entre cinco y quinientos segundos, según cuánto desee o pueda tolerar el prosumidor de la pieza.

Mediante una propuesta crítica del uso del tiempo, la obra presenta variadas formas del cuerpo: es, en principio, una denuncia a la objetivación del cuerpo femenino ante una radicalización de la cofradía de varones que, con cada episodio, expone la impunidad en el dominio corporal del conjunto de las mujeres subalternizadas. Al respecto, en su libro *Calibán y la bruja*, Federici hace un análisis desde una perspectiva feminista sobre el olvido de Marx cuando aborda el concepto de acumulación originaria. Señala que el capitalismo, al que la autora italiana considera un movimiento reaccionario, fue posible gracias a la asignación de una función reproductiva de las mujeres en una máquina de producción de nuevos trabajadores y el sometimiento a un nuevo orden patriarcal, basado en la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado y su subordinación a los varones. En esta línea, los cuerpos femeninos se mecanizan y se mercantilizan, lo que deriva en la expropiación del trabajo reproductivo y la transformación de las mujeres en objetos. Con ello, se subordina su existencia a la artificiosidad de los ordenamientos externos. Haciendo un paralelismo, el trabajo de Bonilla echa luz sobre los mecanismos del capitalismo informacional en relación con los cuerpos expropiados. Las mujeres se presentan como carne a disposición de los femicidas, en la gran mayoría de los casos parejas o ex parejas, una conducta normatizada por la frecuencia de esos asesinatos, la complicidad social, y luego la escritura anodina de notas en periódicos online que llenan secciones enteras con la espectacularización de esos asesinatos. El cuerpo asesinado se transforma así en palabras que se viralizan, acompañados de fotografías que en la enorme mayoría de los casos son de la víctima, protegiendo en el anonimato visual a los femicidas.

Pero esta obra no solo retoma este sentido de lo corporal y la escritura, sino que es también, un desafío contra el entrenamiento maquínico que mutila, abusa, entierra la diversidad de los cuerpos. Según señala el propio Bonilla, le llevó un año y medio entrenar a la inteligencia artificial que provee los llamados “posters” para alejarla lo suficiente de los estereotipos de raza, color, género, aglutinaciones que resurgían con el poder de la hegemonía discursiva en el lenguaje transcodificado de las corporaciones al que hacía referencia anteriormente, siguiendo el planteo de Salazar Salgado. En cambio, en una operación que va contra un capitalismo de tecnovigilancia propio de la cultura algorítmica en la que estamos inmersos, Bonilla procede a desocultar la materialidad de lo digital, a darle (otro) cuerpo.

Como decía anteriormente, con “acumulación originaria” Marx hace referencia al punto de partida de la producción capitalista, ya que, a partir de esa acumulación del capital en manos

de unos pocos, se propaga “la pobreza de la gran masa” (892). Posteriormente, esta escisión silenciada por la teoría económica clásica dará lugar a una nueva relación dual y antagónica propia del sistema capitalista: los propietarios de los medios de producción que no trabajan y los que trabajan sin poseer propiedad de los medios de producción. Actualmente, la escisión podría postularse del mismo modo, aunque nos hallamos ante un nuevo estadio del capitalismo propio de un momento dominado por bits, plataformas y autómatas (Zuckerfeld). Corporaciones que acumulan aquello que los cuerpos obran como prosumidores del territorio digital que a su vez reproducen masiva y silenciosamente, una imaginación corporal aglutinada, construida a partir de los estereotipos binómicos que fundaron las jerarquías de la modernidad. Agrego aquí un aporte filosófico-político del planteo de Federici:

Así como la *naturaleza*, reducida a «Gran Máquina», pudo ser conquistada y (según las palabras de Bacon) «penetrada en todos sus secretos», de la misma manera el *cuerpo*, vaciado de sus fuerzas ocultas, pudo ser «atrapado en un sistema de sujeción», donde su comportamiento pudo ser calculado, organizado, pensado técnicamente e «investido de relaciones de poder» (Foucault, 1977: 30). (191)

Las inteligencias artificiales que reproducen acríticamente las imágenes de una hegemonía corporal, parecieran acelerar, entonces, ese sistema de sujeción de una mirada que solo parece posible romper mediante otros mecanismos, aquellos que fomentan la insumisión algorítmica. En relación con lo anterior, me parece consecuente pensar que esta forma de reproducción acrítica de las imágenes está atravesada por el silenciamiento de la operación, algo que Marx señalaba como parte fundante de la acumulación originaria, cuya violencia primigenia sobre los cuerpos pareciera borrada de la historia.

Más allá del Estado Nación: el cuerpo de la información en la interzona

Avanzando en el texto marxiano, el autor menciona que la acumulación originaria tuvo que ver con un cambio en las leyes en el marco de formación del Estado-Nación. Tal idea acerca a Marx a un modelo idealista, toda vez que lo concibe como un sistema omnipresente y laico que legisla sobre las formas de apropiación de los bienes fiscales, la expropiación de las tierras eclesiásticas, la venta de tierras públicas a precios irrisorios. Tal basamento ideativo es el que permite, según Marx, la construcción de la oligarquía inglesa. Como resultado de este despojo de tierras en beneficio de la burguesía, la liberación de una masa importante de “nuevos”

proletarios generó una situación problemática: la manufactura no se podía absorber con tanta rapidez como crecía el proletariado. Aquellos que no pudieron mantener su posición de labrar la tierra y que tampoco fueron partícipes de la producción fabril, se transformaron en mendigos, ladrones, etc., es decir, excluidos socialmente. Es imposible deslindar ese concepto de borramiento del de progreso material, ya que la idea de la propiedad privada cobra fuerte impulso justificando la riqueza para pocos y el empobrecimiento de las masas populares en los supuestos basales que dieron lugar a la Reforma: una visión individualista del mundo con un dios que premia la autosuficiencia. En este sentido, para Marx la idea de progreso (Nisbet) se presenta negativamente ya que el hombre se encuentra enajenado por sus máquinas en las fábricas. La máquina hará que el trabajador pierda sus vínculos con lo que lo hace “hombre”, esto es, poder producir sus propios recursos sin mediación.

Contrariamente a esta asociación, el capitalismo informacional supone la desintegración del Estado-Nación en favor de estructuras alternativas, propias de tiempos turbulentos (Cresswell), en las que el *locus* financiero de una serie de corporaciones gana terreno por sobre la palabra política. En este sentido, el mundo del trabajo presencia una acelerada automatización informacional que reemplaza mediante algoritmos (Sadin), tareas realizadas por humanos. De este modo, los cuerpos se diluyen entre la plataformización del trabajo y su robotización, generándose así una intermediación maquina sensiblemente más honda que durante la consolidación del capitalismo industrial. El Estado desaparece como regulador de las condiciones necesarias para generar un modelo de intercambio proclive a fortalecer la acumulación originaria, como plantea Marx. Tal declive se intensifica dado que el capitalismo informacional promueve nuevas formas de dominación y expropiación, lo que crea nuevos escenarios de disputa en el proceso de trabajo ligado al conocimiento, un trabajo que pareciera, a primera vista “inmaterial” como afirman Hardt y Negri, aunque permite una desmedida acumulación.

Como señalaba al principio, la tarea de las artes en su conjunto parece fundamental para explicitar esta creciente invisibilización propia de esta fase del capitalismo, cuyos mecanismos de acumulación resultan también solapados, sujetos a un borramiento histórico por nuevos actores del poder económico. En particular, los ejercicios de literatura digital vinculados a la revisión y alteración de los lenguajes de programación ponen en primer plano este fenómeno. En *M(é)nad(e)s*, Karen Palacio diseña un lenguaje de programación complejo que tiene dominio específico para dibujar. El objetivo de la artista es una exploración en y desde el lenguaje para negociar las acciones entre cuerpos. De este modo, la programación es pensada como matriz activa en las que humanos y máquinas sufren afectaciones “co-constitutivas”, un

cuerpo extiende acciones hacia el otro y viceversa. Los dibujos resultantes de la interacción tienen reminiscencias a la estética de Escher, con sus geometrías extrañas y sus juegos visuales y de ocultamiento/desocultamiento de diseños y patrones con doble interpretación. Pero el proyecto de Palacio no se reduce a un homenaje a este reconocido artista, sino que indaga en la creación del lenguaje de programación. Esto resulta de especial interés para la especulación que propongo aquí ya que son las intervenciones en el lenguaje maquínico las que permiten desinstrumentalizar los algoritmos (Adler). Como señala Patiño, hay una alianza de la razón instrumental con la tecnociencia que produce una erosión en la capacidad de imaginar otros mundos. Para ello, el ecosistema artístico resulta decisivo ya que promueve estrategias parasitarias para la apropiación de imágenes, persistentemente saqueadas por los lenguajes corporativo-financieros. El hecho de que Palacio presente la posibilidad de encarnar la vivencia de nuevos posicionamientos estético-políticos desde su condición de mujer supone un desvío, una voluntad que ubica en un tiempo ralentizado y un espacio interzonal un sistema afectivo entre cuerpo humano y cuerpo maquínico. En este sentido, Patiño advierte que: “La práctica artística y los procesos que acompañan a los impulsos de creación representan unas ciertas fisuras en el rígido mundo burocrático” (21-22).

Esta propuesta de Palacio confronta con la tipificación de los sentimientos con los que se entrena a las inteligencias artificiales con un universalismo que procura la invisibilización de las emociones de (y en) los cuerpos. Se tiende con ello a una “homogeneización afectiva no solo a la hora de identificar los deseos de potenciales clientes en el caso corporativo, sino también de estigmatizar a habitantes que pueden suponer una amenaza para el *statu quo*.” (Adler 6). Ante el retiro del Estado-Nación como la forma que modula y administra ese *statu quo*, a través de instituciones reguladoras, en lo que Foucault llamó la capilaridad del poder, aparece una nueva maquinaria propia de este capitalismo: la vigilancia algorítmica. La misma se basa en prácticas de atomización y aglutinación en donde la regulación desaparece en favor de territorialidades difusas para los humanos, cada vez más transparentes y sofisticadas para las maquinarias de inteligencia artificial. Ante esto, Palacio aprecia lo colectivo y lo diverso, proponiendo un esquema de contingencias emocionales entre el lenguaje de programación que genera artificialmente las imágenes y la artista.

Una herida literaria en el cuerpo del algoritmo

A modo de cierre y volviendo a la comparativa con el presupuesto marxiano de acumulación originaria, el autor alemán señala la necesidad del capitalismo industrial de crear nuevos mercados en un sistema internacional de comercio, cuya construcción excede al intercambio entre Estados europeos. En su texto, ejemplifica esta expansión a partir del mal llamado “descubrimiento” de América, la esclavización en las minas de la población aborigen, el factor comercial de las Indias Orientales, la utilización de África para la explotación de pieles, entre otros hitos históricos. De modo que el colonialismo posibilitó el modelo extractivista de materias primas a precios bajos lo que supuso minimizar los costos de los mercados locales y colocar la mayor cantidad posible de productos elaborados en mercados internacionales para maximizar ganancias. A partir de este esquema globalista, el capitalismo industrial se “internacionaliza”, expandiendo las bases de acumulación, aspecto también ocultado por los economistas clásicos. El proteccionismo, las bases impositivas, las guerras comerciales propiciaron un crecimiento exponencial de las manufacturas y la consolidación de la clase burguesa en Occidente. Fue el Estado el que instrumentó las herramientas necesarias con el fin de armonizar los intereses de la clase dominante y afianzar la acumulación originaria.

La expansión del extractivismo se ha mudado ahora a los datos, su alcance se nutre de redes que ya no comercian entre materias primas sino sobre información a primera vista inmaterial, aunque los cuerpos se ven quizás aún más afectados. En particular nos encontramos en una fase de plataformización de la big data, que repercute en la gobernanza del proceso productivo mediante la llamada gestión algorítmica (Zuckerfeld). Es allí donde la acumulación originaria renace digital: “el paradigma *deus ex machina* se ha transformado en *deus ex data*” (de Manuel Lozano 1). Esta mutación del extractivismo no se reduce a un encorsetamiento que reproduce imágenes estereotipadas según la mencionada gestión algorítmica, sino que puede transformarse en una oportunidad creativa y multiplicadora del *hacking* que en una de sus acepciones significa hacer un hoyo en la tierra. En este sentido traigo nuevamente, para cerrar, los trabajos que mencioné.

En Requiem Diurnus, Bonilla *localiza* su obra en Latinoamérica, en donde los femicidios se suman a diario en un proceso de espectacularización que, como ya dije anteriormente, llena páginas de diarios y portales. En tal sentido, resulta importante el hecho de que la data se direcciona no solamente con un entrenamiento específico y diversificante a la inteligencia artificial, sino que se territorializa en identidades del Sur Global y se encarna en cuerpos

diversificados en biotipos no hegemónicos. Para ello, Bonilla interviene en los lenguajes de programación lo suficiente para hacer ese hackeo en la homogeneización visual a la que estamos acostumbrados con la generación de imágenes de inteligencia artificial, rompiendo la tierra dada, sembrando la tierra del arte por venir. Del mismo modo, Karen Palacio crea un lenguaje en donde el ciclo de cooperación entre humano y máquina pone en primer plano una sensibilidad ausente en la generación de imágenes de la inteligencia artificial dominada por las corporaciones, dando cuenta de este modo, de la posibilidad de salir, por un momento, de la datificación acrítica, para detenernos en las afecciones corpóreas. Por su parte, en el desvanecimiento del rostro que presenta Felipe Cussen en *Self Portrait*, se aloja una crítica a la forma en la que los cuerpos son deglutidos por maquinarias que se nutren de estereotipos “celebrados” como metas (imposibles) a alcanzar para transformarse en celebrities. Esa idea tan cara a una época de hiper-mostración se invierte cuando el rostro se esconde y se escinde de (y gracias a) los números, el verdadero cuerpo codificado de la imagen.

Finalmente, en tiempos de adoctrinamiento visual, la literatura se reconvierte para tallar el lenguaje que le da lugar, para intervenir la programación y convertirse en un artefacto digital que recorre el lienzo que contiene el algoritmo y se abre espacio, un hueco en el cuerpo del algoritmo.

Referencias bibliográficas

- Adler, Jazmín. “Desvíos de la inteligencia artificial en las artes tecnológicas: algoritmos, cuerpos, afectos y otras materialidades hacia el desmantelamiento del mito de la novedad”. *Eikón Imago* 13, 2024. Web 01 Nov. 2024. <https://dx.doi.org/10.5209/eiko.90227>
- Berti, Agustín. *Nanofundios: crítica de la cultura algorítmica*. Adrogué: La Cebra, 2022. Impreso.
- Bonilla, Diego. *Diurnus Requiem*. 2023. Web 31 Oct. 2024. <https://hypergraphia.com/everyday/RequiemDiurnus/>
- Cresswell, Tim. “La política de la turbulencia”. Giselle Beiguelman y Jorge La Ferla (comps. Y eds.). *Nomadismos tecnológicos. Dispositivos móviles, usos masivos y prácticas artísticas*. Madrid: Fundación Telefónica-Ariel, 2011. Impreso.

- Cussen, Felipe. Self Portrait. 2021. Web 31 Oct. 2024. <https://www.dropbox.com/scl/fi/48san46nhouc6t2419kgn/Self-Portrait.pdf?rlkey=x5p2sss2ukyy9z5h16nlmrqo6&e=2&dl=0>
- Cussen, Felipe. “Estupidez artificial”. MATLIT. Materialidades da Literatura, 2023. 37-59. Web 01 Nov. 2024. https://doi.org/10.14195/2182-8830_10-1_3
- de Manuel Lozano, Alicia. “Deus ex data: forgive me data for I have sinned”. Víctor Ramírez Tur, Laia Manonelles Moner, Daniel López del Rincón (eds.). Corporalidades desafiantes. Reconfiguraciones entre la materialidad y la discursividad. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 2018. 69-81. Web 01 Nov. 2024. <https://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/132405/1/9788491682400%20creative%20commons.pdf>
- Federici, Silvia. Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Trad. Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza. Madrid: Traficantes de Sueños, 2014.
- Foucault, Michel. Microfísica del poder. Buenos Aires: Siglo XXI, 2022.
- Gómez, Verónica Paula. Domicilios de la literatura digital. De la idea de Nación a la de interzona. México: Colección Descargable del CCD, 2024. Web 01 Nov. 2024. <https://centroculturadigital.mx/descargable/domicilios-de-la-literatura-digital>
- Hardt, Michael y Negri, Antonio. Imperio. Buenos Aires: Paidós, 2002. Impreso
- Hayles, Katherine. Electronic Literature: new horizons for the literary. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame, 2008. Impreso.
- Kozak, Claudia. “CLASE MAGISTRAL Claudia Kozak: Arte, técnica y cultura algorítmica en tiempos de precariedad”. Ccom Sociales, Agosto 2024. Web 01 Nov. 2024. <https://www.youtube.com/watch?v=0RfGcBRX0UQ>
- Marx, Karl. “La llamada acumulación originaria”. El Capital (Tomo I). México: Fondo de Cultura Económica, 2004. 891-954. Impreso.
- Nisbet, Robert. “La idea de progreso”. Revista Libertas (5), 1986. 1-30. Web 4 Nov. 2024. http://www.eseade.edu.ar/files/Libertas/45_2_Nisbet.pdf
- Palacio, Karen. M(é)nad(e)s. Web. 01 Nov. 2024. <https://github.com/karen-pal/menades>

- Patiño, Antón. “Ecosistema creativo, procesos culturales y precariado artístico”. Remedios Zafra, Antón Patiño, Javier Gutiérrez Vicén (eds.). Trabajo, arte y valor. Madrid: Trama Editores, 2023. 19-38. Impreso.
- Sadín, Éric. La silicolonización del mundo: la irresistible expansión del liberalismo digital. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2018. Impreso.
- Salazar Salgado, Luciana. “Do Observatório algo se avista: a literatura digital brasileira participa de uma estética da desprogramação”. MATLIT. Materialidades da Literatura, 2023. 93-106. Web. DOI: https://doi.org/10.14195/2182-8830_10-1_6
- Zukerfeld, Mariano. “Bits, plataformas y autómatas. Las tendencias del trabajo en el capitalismo informacional”. REVISTA LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA DEL TRABAJO N°7 enero-junio 2020. 1-50. Web. 01 Nov. 2024. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/168942>